
CONVERSACION XXI

SOBRE LA ENVIDIA Y LOS CELOS.

Tertúla. ¿Qué es lo que tienes? Yo hallo hoy en tí una mudanza grande.

Zelia. Mucho me alegro de encontraros aquí, para comunicaros una pena que me aflige bastante.

Sabina. ¡Ay! Pues ¿qué pena es la que tú puedes tener?

Zelia. Es tan extremada y tan grande, que me faltan voces para explicarla.

Tertúla. Pues nosotras te considerábamos como la persona más feliz del mundo.

Zelia. Infinito me falta para ser feliz.

Sabina. Y ¿qué es lo que puede turbar tu felicidad?

Zelia. No os lo ocultaré; el tormento que padezco, es de los más crueles.

Tertúla. ¡Qué! ¿Te falta algo por ventura? ¿No tienes entera libertad?

Zelia. Verdad es: nadie me incomoda ni me mortifi-

fica: yo hago lo que quiero, como quiero, y cuando quiero.

Sabina. Pues á fe mía, todo eso era suficiente motivo para estar contenta: ¿qué es, dí, lo que puede atormentarte?

Zelia. Ello es, que yo lo estoy horriblemente.

Tertúla. La expresión horriblemente, á la verdad, nos causa espanto. ¡Qué! ¿Por ventura te ves agitada y perseguida de las Furias, por algún enorme delito que hayas cometido?

Zelia. Yo no dificultaría creer, que sea algo de eso.

Sabina. Pues nosotras ni lo creemos, ni nos pasa tal cosa por la imaginación.

Zelia. Yo sí; ni más ni menos lo pienso.

Tertúla. ¿Que pruebas tienes para eso?

Zelia. Estas: que por las noches no duermo; y el sueño parece que huye lejos de mí.

Sabina. Digna eres ciertamente de compasión, si tal te sucede.

Zelia. No solamente no duermo nada, sino que los mejores y más bien sazonados manjares me parecen insípidos; y me veo consumida de un extraordinario calor, que me penetra hasta los huesos.

Tertúla. Tienes razón para llamar á todo eso un tormento, porque verdaderamente lo es.

Zelia. Si no fuera porque temo excederme, os diría, que padezco á manera de lo que padece el alma de un condenado.

Sabina. Expresión dura, y muy dura, me parece esa.

Zelia. La desgracia es, que es verdad lo que digo.

Tertúla. Pero ese mal que padeces, ¿no tiene remedio?

Zelia. ¡Ay de mí! Yo creo, que todos los remedios del mundo no alcanzarán á curarle; y que cuántos Médicos hay en el Universo; no harían otra cosa, que enjalbregarle é ir dando treguas.

Sabina. ¿Luego ese es un mal muy desesperado, y una enfermedad mortal?

Zelia. Yo por mí, así lo pienso; y tengo consentido en que él ha de costarme la vida.

Tertúla. ¡Recurso bien triste, por cierto! Pero creeme; no hay mal alguno en este mundo, que no tenga remedio.

Zelia. El que yo padezco, no es de esa especie.

Sabina. ¿Hé? ¿Podremos saber qué mal es el tuyo?

Zelia. ¡Ay! Si yo pudiese decirle, yo llegaría á sanar de esta dolencia.

Tertúla. Ahora mismo acabas de decir, que tu mal no tenía remedio: no sé yo que haya una cosa más fácil de curarse; pues solo consiste en abrir la boca y decirlo.

Zelia. Eso muy fácilmente se dice; pero el asunto es, que mi mal es de aquellos que uno suele no atreverse á confesarlos.

Sabina. Pero, sin que esto sea lisonja, nosotras estamos creyendo, que somos bastante amigas tuyas, para que de ninguna manera receles decírnoslo.

Zelia. Es verdad; más con todo, yo no puedo resolverme á ello.

Tertúla. ¡Qué! ¿Es posible, que has de querer más bién perecer infelizmente en ese tormento, que comunicárnosle?

Zelia. Y bien: forzoso me será decíroslo: pero con todo, yo no me atrevo á hacerlo.

Sabina. ¡Qué debilidad! Permite, que así te lo digamos.

Zelia. ¡Si en cuanto quiero abrir la boca, me lo vuelve á cerrar el empacho y la vergüenza!

Tertúla. Vaya, mujer; que un momento de vergüenza presto se pasa.

Zelia. Pues bien; voy á decirlo..... ¡Ay de mí! Yo no tengo valor para eso.

Sabina. ¡Qué irresolución! Ya pudiérais haber salido del aprieto.

Zelia. Ved, pues, á que se reduce..... No, yo no puedo decirlo.

Tertúla. Ea, bien está; si no quieres decirlo, estate siempre en ese miserable estado.

Zelia. Pero ¡si yo quisiera salir de él, y no puedo!

Sabina. Allá te lo hayas; allá te lo hayas con tus cosas.

Zelia. ¿Con que tan indiferentes os mostráis en medio de mis males?

Tertúla. Bien empleado te está, una vez que no te quieres curar, estando en tu mano.

Zelia. ¡Ah! Ved cuál es el estado de mi mal: (¡Qué

dificultad me cuesta decirlo!) Vedlo: es un espíritu..... Yo no puedo concluir.....

Sabina. ¡Qué! ¿Te quedas ahí?

Zelia. No falta más que una palabra que decir; pero ¡es tanto lo que se me resiste esta sola palabra!..... Es un espíritu de.....

Tertúla. Aca si quieres, de una vez; pues ya nos vamos enfadando de tantas dilaciones.

Zelia. Ultimamente, yo no puedo nombrarlo con su propio nombre: voy á deciros las letras de que se compone, y vosotras las iréis juntando: pues yo me moriría de vergüenza, si pronunciase toda la palabra entera.

Sabina. Pues bien: dínos las letras.

Zelia. Es una *T*, una *a*, una *l*: adivinad vosotras las demás. (1)

Tertúla. ¿Y para eso tantos melindres, y tantos rodeos? ¿Para decir al cabo, que la pasión ó el espíritu de Envidia y los Celos, es la que te atormenta?

Zelia. ¡Ah! ¡Y cómo pronuncias tú á boca llena esa palabra!

(1) Esta chistosa aprehensión, traducida al Castellano, nunca puede tener tanta oportunidad como en el original Francés; cuyo designio es apuntar la palabra *jalousie* para denotar la pasión de la envidia ó los celos. Y como enseña el P. S. Agustín (lib. 2. de Doctr. Christ. cap. II.): "Hay ciertas voces en algunas lenguas, que, habiendo de pasar á otra lengua, no admiten fácilmente interpretación," y dejándolas en la suya propia, tienen más energía y más gracia.

Sabina. ¿Sabes por qué? Porque nuestro corazón no está herido de ella, como el tuyo.

Zelia. Después de todo, ya me hallo tan descansada y tan llena de consuelo, á pesar del empacho grande que yo tenía.

Tertúla. ¡Qué! ¿Y es esto lo que tanto te atormenta; lo que te quita el sueño; lo que no te deja comer ni beber con gusto; y lo que te consume hasta la médula de los huesos?

Zelia. Sí; ese es todo mi mal; y no sé, que haya otro más cruel.

Sabina. ¡Qué simple eres en mortificarte tanto por tan poca cosa!

Zelia. ¡Cómo así! ¿Tan poca cosa? ¡No experimentar nunca, ni ser tratada sino con total indiferencia; al paso que las demás solamente reciben claras muestras de cariño y de benevolencia!

Tertúla. ¿Y es ese lo que te deseca y consume el espíritu y el corazón, y lo que te hace estar tan amilanaada y tan abatida?

Zelia. Pues ¿qué? ¿No es muy bastante?

Sabina. A mi ver, todo ello es poco menos que nada.

Zelia. ¡Hé; cuidado con eso! Pues yo creo, que tú vas acrecentando mi enfermedad, en vez de disminuirla.

Tertúla. Si tú estuviéseis, aunque no fuera más que medio pie, levantada de la tierra y sobre tí misma, ni aun siquiera pensaras en esas cosas.

Zelia. Como esto pudiera hacerse tan fácilmente como tú lo dices, muy bueno sería.

Sabina. Yo por mí, como no pienso más que en ver si puedo adelantar y internarme bien en el espíritu de Dios, estoy siempre contenta, de cualquiera manera que se me trate.

Zelia. Pues, por lo que á mí taca, yo quisiera lo uno y lo otro á un mismo tiempo.

Tertúla. Justamente el mal de que tú adoleces, es el medio de no tener ninguna de estas dos cosas.

Zelia. ¿Cómo es eso? Decidme.

Sabina. Porque el espíritu de envidia no deja escapar ocasión de que perdamos la gracia de Dios, y todas las dulzuras que son inseparables de ella.

Zelia. Si eso es así, razón tenéis para decir, que yo todo lo pierdo de una vez; aquello y esto otro.

Tertúla. ¡Qué situación más deplorable se podrá dar?

Zelia. Yo bien lo conozco y bien lo veo; mas no puedo salir de este infeliz estado.

Sabina. Muy digna eres de compasión, ciertamente; pues para eso, has de saber que no se necesita más que un grano de verdadera humildad.

Zelia. Pero ¿y qué haré yo con este tal grano de verdadera humildad?

Tertúla. Harás morir, hasta su misma raíz, esa ventajosa opinión que tienes de tí misma, la cual te hace pensar, que mereces alguna cosa; y te sugiere el que te quieras igualar con las demás en todo.

Zelia. ¿Luego será necesario, según vuestro modo de sentir, no estimarse en nada absolutamente?

Sabina. Como que sin eso no hay verdadera humildad; y sobre de estimarse en nada, debe creer, que nada merece; y así, nunca se da por agraviada de que se la mire como tal.

Zelia. Si en eso consiste el remedio de mi enfermedad, á fé que es bien amargo.

Tertúla. Enhorabuena; yo quiero que sea tan amargo, como á tí se te figura; pero el fruto es bien dulce y bien suave.

Zelia. Y ¿qué fruto es el suyo?

Sabina. Una paz soberana y excelente, que da Dios á gustar al corazón que es verdaderamente humilde.

Zelia. Como yo soy amante de la paz, y estoy ya fatigada de esta mi situación; desde luego me determino á abrazar aquella.

Tertúla. Buen pensamiento es, pero es menester también remediar lo pasado.

Zelia. ¿Qué quieres decir con eso?

Sabina. Lo que quiero decir es, que si has recibido los Santos Sacramentos en un tal estado, debes pensar seriamente en disponerte mejor para este efecto.

Zelia. ¿Dices eso, porque haces juicio de que todos los Sacramentos que he recibido hasta aquí, han sido indigna y sacrílegamente recibidos?

Tertúla. Sobre esto puedes consultar á personas que sean más instruidas que yo; pero sí es muy de temer, que tal haya sucedido.

Zelia. Esa es una cosa, que me hace temblar y que me estremece.

Sabina. Bien haces en estremecerte, mientras que hay todavía remedio para eso; pues si te hubiera cogido la muerte en este estado, no habria remedio alguno.

Zelia. Me ponéis con eso, ciertamente, en el mayor conflicto é inquietud.

Tertúla. No por cierto, nosotras no te ponemos; tú eres la que te has puesto, conservando y fomentando en tu corazón ese espíritu de envidia y de celos.

Zelia. Pues ya me retiro, para ir á recorrer y examinar despacio mi conciencia.

Sabina. No pudieras hacer cosa mejor en tu vida,

Zelia. Rogad al Señor por mí; que bien lo necesito.



CONVERSACION XXII

SOBRE LAS AFICIONES Ó INCLINACIONES PARTICULARES.

Luisa. Hace ya mucho tiempo que deseaba yo lograr la complacencia de verte, para hablar contigo de un asunto, que hoy en día tiene divididas á muchísimas gentes.

Cristina. No es cosa tan extraña ni tan nueva, el ver dividido al mundo; siendo esto como la consecuencia y el fruto de las tinieblas que el pecado difundió por todo él.

Enriqueta. Mucho celebrariamos oírte discurrir acerca de las Aficiones; y deseáramos al propio tiempo saber, ¿por qué unos las aprueban; y las reprueban otros?

Cristina. No todas son de aprobar, ni todas deben condenarse. Para tomar, pues, en esta materia un partido razonable y justo, es necesario distinguir entre las que son buenas, y las que no lo son.

Luisa. ¿Con que, según eso, las hay también buenas? Pues nosotras nos veíamos en la tentación de gra-

duarlas á todas de malas; y ahora ya estamos enteramente desengañadas.

Cristina. No lo dudéis; hay aficiones buenas, así como también las hay malas; y las buenas son las que se aprueban, al paso que se reprueban las que son malas.

Enriqueta. ¿Y cómo se ha de hacer la diferencia entre unas y otras, para no engañarse?

Cristina. Eso es fácil: no necesitáis más que considerar atentamente las cosas á que os aficionáis, y el modo con que os aficionáis á ellas.

Luisa. Yo no sé cómo lo haces: Ello es, que tú aclaras perfectamente las cosas más oscuras; y con gran facilidad descubres y explicas lo más intrincado y confuso.

Cristina. Todo eso, amigas, no sale de mí, sino que viene de Aquel que ilumina todos los entendimientos, y sin cuya luz todas nuestras luces no son más que tinieblas.

Enriqueta. Y ¿cuándo, dí, sabremos que nuestras aficiones son buenas?

Cristina. Cuando tengan por objeto el mérito y la virtud; y con tal que nunca se desvien mucho de una prudente moderación.

Luisa. Con que ¿no basta, para que cualquiera sea reputado por inocente en sus aficiones, el solo hecho de no haberse propuesto en ellas más que el mérito y la virtud?

Cristina. No basta eso solo: es menester, además, guardar en esto una gran moderación; sin cuyo requi-

sito, aun lo mejor que hubiere en el asunto, padecerá insensiblemente alteración.

Enriqueta. Dime (si gustas): ¿cuándo deberán tenerse por malas nuestras aficiones?

Cristina. Cuando en ellas hubiere alguna cosa viciosa y desarreglada.

Luisa. En esto no nos detengamos ya, por que todo el mundo lo entiende bastante bien. Vamos á otra cosa: ¿se podrá, sin temor alguno, formar cualesquier aficiones, con tal que en ellas nada se encuentre vicioso y desarreglado?

Cristina. Aun en eso mismo hay que guardar sus ciertas medidas; porque muchísimas veces se pasa desde el mérito y virtud de las personas, á las personas mismas.

Enriqueta. Pero, por tu vida, todo eso ¿no es una misma cosa?

Cristina. Aquí es donde os quería yo ver; sin detenerme ni un punto en deciros, que éste es un paso lleno de peligro, y expuesto á mil imperfecciones.

Luisa. Eso es hacer que volvamos á caer segunda vez en nuestro primer embarazo atolladero; cuando ya nos juzgábamos enteramente libres de él.

Cristina. Pues ¿no conocéis, ni os hacéis cargo de que, en llegando á aficionarse de las personas, se pierde las más veces de vista el verdadero mérito y la virtud; y que esto no puede dar de sí más que una afición puramente humana?

Enriqueta. Es que tú adelantas aun mucho más;

porque dices que hay peligro en esto, y también imperfección: que es lo que nos causa novedad.

Cristina. ¿Y qué? ¿No lo véis bien claro? ¿Pues no hay cosa más peligrosa ni más imperfecta, que las aficiones puramente humanas?

Luisa. Pero ¿dónde está este peligro, y esta imperfección?

Cristina. ¡Me admiro ciertamente de que no le echéis de ver! ¿Pues no conocéis, que lo que es puramente humano, dejenera muy presto, y viene á parar frecuentemente, á lo menos, en inutilidad y pasatiempo?

Enriqueta. Con esto nós haces entender unas cosas que jamás habíamos comprendido. ¿Con que tampoco será lícito aficionarse ni aun á aquellas personas de quienes se ha recibido bienes espirituales?

Cristina. Al paso que te vas explicando más, descubres mejor la llaga de una alma, que adolece de aficiones. ¿No sabes que nunca se debe colocar la afición entre personas desiguales, así como en lo político y civil no se debe trabar amistad con aquellas personas, cuya edad, bienes y clase no guardan la debida proporción?

Luisa. Mientras más hablas, más nos abres los ojos, y más verdades nos dices, que nos llegan al alma.

Cristina. Sí; pues así es, no hay cosa más peligrosa: que las aficiones entre personas desiguales; y aún cuando en esto no hubiese peligro alguno, sería, á lo menos indecoroso y disonante.

Enriqueta. Con que ¿será forzoso vivir en una to-

tal indiferencia, y aun insensibilidad, con este género de personas?

Cristina. Esos son los extremos en que suele precipitar el amor propio, cuando se llega á confundir y á salir de su quicio. No es eso, no: lo que se debe hacer es, mirarlas siempre con respeto, con confianza y con benevolencia, á la manera que un niño mira á su Padre; pero sin afición ó apego; porque esto ya tocaría en demasiada familiaridad.

Luisa. ¿De qué modo se podrá conocer, que el respeto, la confianza, y el cariño dejeneran en afición y apego?

Cristina. Cuando el corazón se fia demasiado en las personas, cuando se apetece ansiosamente su presencia; cuando se lleva muy á mal y con impaciencia que se ausenten; en una palabra; cuando se tiene mucha repugnancia para poner en alguna otra persona su respeto, su confianza y su amor.

Enriqueta. Cierto, no esperaba yo recibir hoy tanta porción de claras ideas: todas ellas me hacen bastante impresión, y aun llegan á convencerme. Así que, éste es el partido que voy á abrazar resueltamente.

Cristina. Si le tomares como dices, tu corazón estará siempre rebosando paz; y esta misma paz se te introducirá hasta los huesos.

Luisa. Mil gracias y mil bendiciones, por tan excelentes como saludables instrucciones.

